

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

Año 1946 - N.º 17



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚMERO



IMPRESO EN ESPAÑA

EN LA IMPRENTA DE LA ESCUELA PROVINCIAL DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27.—SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1946



Tomo VI
N.º 17

SEVILLA
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1946

SEGUNDA ÉPOCA

NÚM. 17

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Gabriel Tassara Buiza.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

José Hernández Díaz.— <i>Goya en Sevilla</i> (conclusión).....	299
Hipólito Sancho.— <i>Manuel Filiberto de Saboya, Capitán General de la Mar</i> (conclusión).....	327

MISCELANEA

Manuel Carrera Sanabria.— <i>El Cabildo Catedral de Sevilla y la Asunción de Nuestra Señora</i>	379
Rafael Laffón.— <i>El Dr. Juan de Salinas. Un poeta de lo anecdótico sevillano</i>	387
Adolfo Rodríguez del Rivero.— <i>Aportación a la historia de la provincia de Cádiz</i>	391
Libros.....	395

CRÍTICA DE ARTE

Norberto Almandoz.— <i>Música</i>	407
---	-----

CRÓNICA

El Cronista oficial de la Provincia.— <i>1944, abril</i>	413
--	-----

ARTÍCULOS ORIGINALES

El Doctor Juan de Salinas.

Un poeta de lo anecdótico sevillano.

Estudiando Ortega y Gasset el clima espiritual de los andaluces, y al formular una tan ingeniosa cuanto discutible teoría sobre lo que él llama nuestro «ideal vegetativo»—convivir con la tierra, responder a sus gracias cósmicas, ser dóciles a la inspiración topográfica—, deduce conclusiones, perspicaces y agudas como suyas, que, eso sí, vienen a constituir una realidad amable y sugestivamente observada por el pensador. A ese ideal atribuye nuestro filósofo funciones tan básicas, elementales y previas a toda otra cosa, que el resto de la vida, al producirse sobre él, nace ya ungido y saturado de idealidad. «De aquí—termina Ortega—que toda la existencia andaluza, especialmente los actos más humildes y cotidianos—tan feos y sin espiritualizar en los otros pueblos—, posea ese divino aire de idealidad que la estiliza y recama de gracia».

En esta categoría de la magia familiar de lo cotidiano se implica la seducción de nuestra anécdota sevillana, el fino sentido que la informa y hasta su virtud trascendente para la creación de arte.

La sabrosa lectura de este clásico sevillano, el doctor Juan de Salinas—poeta menor que por su estilística queda plenamente adscrito al barroquismo del XVII—, nos hace refrescar las consideraciones precedentes.

En el caserío de esta reposada y antaño hidalgona calle de Santiago—Santiago el Viejo, como en los rancios papeles sevillanos se la nombra—, se abre desoladamente la mella de unos solares en donde fué el famoso Hospital de San Cosme y San Damián, que también llamaron «de las bubas».

Frente a ellas, la obra poética de nuestro doctor se nos muestra como el más risueño paradigma.

Aquí, en la coyuntura de dos siglos—XVI al XVII—, desde el castizo Hospital al Convento de Dominicas Descalzas de Nuestra Señora de los Reyes, poco más abajo, pasó en su mayor parte la vida gustosa, virtuosa y risueña de un buen clérigo sevillano, «tan liberal y generoso en lo temporal, que nunca le faltó el serlo», de quien hoy quiero evocar la sombra bonancible y amable.

Del Hospital fué perpetuo administrador por merced que le hiciera el Cabildo secular hispalense; del Convento de los Reyes, bienhechor insigne y confesor devotísimo de su fundadora, la beata Francisca Dorotea, otra interesante figura sevillana.

El doctor Juan de Salinas, nuestro clérigo—«salinas de sabiduría e ingenio de azúcar»—fué poeta que compuso versos a lo humano—jocosos

y sin hiel—y a lo divino, muy inspirados y muy tiernos. Como su paisano Pedro de Quirós, este hombre apacible, ameno y fácil, maneja la péñola para su propio entretenimiento y el de sus amistades más dilectas. No era un místico ciertamente nuestro doctor. Salinas cultiva con amorosa delectación los jardinicos recoletos de una poesía de circunstancias. Bien pudiera acometerse la curiosa tentativa de un ensayo sobre la poesía de circunstancias, en cuya tradición se han dado—como en Mallarmé, genialmente—, muestras tan refinadas y sutiles.

La inspiración de sus más encantadoras poesías le llega del ámbito de la amistad de gentes principales—y principescas—, que a fe que Sevilla las albergaba en los buenos tiempos de nuestro poeta. Dice el biógrafo que de su persona «hizo todo aprecio y estimación lo más escogido y noble de esta ciudad». Gente principal—secular o eclesiástica—que al poeta agasaja y mimó por modos muy particulares, poniendo a su musa en comunicación y libre plática con los públicos acontecimientos de la sangre epónima tanto como con las menudencias y amables discreteos de lo cotidiano. La señora Celia Farnesio, doña Manuela del Alcázar y Zúñiga—«la más agraciada, discreta y linda niña que había en Sevilla»—, don Juan de la Sal, obispo de Bona; el duque de Alcalá, la duquesa de Osuna fueron sus amigos y sus héroes, y una firme tutela para sus bubosos y para sus monjas.

El poeta anda atento a la magnífica consagración del purpurado, a los más venturosos desposorios, al feliz suceso de la veinticuatría, al bravo tiro de una noble cazadora... Alguna vez—muchas veces—escribe décimas de tanta ingeniosidad y gentileza como la que copio:

"Celebra un tiro que la duquesa de Osuna, que era hermostísima, hizo a cinco gorriones:

Belisa a cinco tiró
Gorriones, y a cuatro dellos
Antes con sus ojos bellos
Que con el tiro mató.
El otro solo quedó
Y luego se fué a un desierto.
Y sobre un peñasco yerto
Grabó con pico dorado:
«Aquí yace un desdichado
Que murió de no haber muerto».

Otra décima dedica a la misma aristocrática Diana, cazadora de jabalíes:



La Venerable Madre sor Francisca Dorotea y el Dr. Juan de Salinas. —Cuadro del Convento de Santa María de los Reyes.—Sevilla.

(Rep. Moreno, foto).

«Un jabalí yace aquí,
Muerto por una deidad,
Muriera de vanidad
Otra vez, a estar en sí;
No fué sólo el jabalí
El muerto, que no hallarás
Caminante, que jamás
Quede en la selva con vida,
Que éste murió de la herida,
Y de envidia los demás.»

A casa de este clérigo de ejemplar reformatión—laborioso y sosegado—llegan la conservada cereza, la guinda garrafal, el cestillo de bizcochos monjiles de Santa María de los Reyes; la sera de pasas largas de Dos Hermanas; las truchas y las ciruelas, las pellas de manjar blanco y hasta el relojito de pecho, de campanillas, y la sortija boquingana. Él, a su vez—digno y regocijado—, corresponde a estas damas y a estos caballeros, a estas benditas religiosas—hijas de confesión en las Dominicas de los Reyes—, con las bien trenzadas agudezas de sus versos, en donde articula de mano maestra los conceptos ingeniosos y resplandecen el equívoco y—como dice Rodrigo Caro—la alusión o «paronomasia» que le acercaba a Góngora. A veces les obsequia con unos limoncillos «ciutis» en almíbar, o unas limas dulces de un árbol que había en el Hospital. Así paga a éstos que son los bienhechores de sus pobres más que sus propios bienhechores.

A los familiares del Santo Oficio, puede el doctor gastar bromas como la contenida en esta décima, llena de sano y resignado buen humor, que, a título de curiosidad, no me resisto a transcribir:

"Quitáronle unos lenguados al despensero de las monjas de los Reyes para los Sres. de la Inquisición, y al saberlo, dijo el Doctor:

Unos pocos de lenguados
Que traía a mi convento,
Cual reos vi en un jumento
Llevaban aprisionados;
Yo, por excusar enfados,
Al que la prisión obró
Dije: ¿cómo se atrevió,
Que nunca tal prisión vi?
Contra deslenguados, sí,
Mas contra lenguados, no.»

A través de la rotulación minuciosa y circunstanciada de los poemas del doctor, pueden seguirse día por día y casi hora por hora los pasos de esta vida sevillana—medida y regulada desde su tronera por los esquilonos de la espadaña de Santiago el Viejo—, y la plácida, pequeña anécdota cotidiana que los va llenando... Las visitas que recibe, la sangría que le dieron, el libro que atesora, el mal de corrimiento de un carrillo que le aqueja, los limones que él mismo toma con mano cariciosa de aquel árbol del Hospital, allí en donde hoy son ya tan sólo unos solares devastados.

He aquí, en fin, un poeta sevillano, que ni envidiado ni envidioso supo vivir muy a su gusto, cuerdamente; muy cerca de todos—y muy lejos—en la laboriosidad de su retiro. Porque las musas de Juan de Salinas fueron ingeniosas y regocijadas con limpieza y honradez, profesando—a la española—, en un cortejo de sana virtud y en una virtud de buena cara.

Como academia de los gustos, ejemplo de los primores de lo vulgar—o de la vulgaridad de lo anecdótico sevillano convertido al más fino primor—, al par que aviso para afanosas oficiosidades de la fama, quede aquí esta leve señal que renueva la buena memoria.

RAFAEL LAFFÓN.